

**Addy Salas: *Con Manuel*, Editorial Universidad de Costa Rica, San José, 1997, 413 páginas.**

“No lo olvides. No lo olvides.” Don Manuel Mora recalca esta frase a su esposa y ella gustosamente dio ejecución a este mandato. Addy Salas hábilmente maneja una interferencia entre dos extremos: la biografía sentimental y el doctrinario trabajo de tesis. Lo recalca desde el principio: “este libro no quiere ser una biografía, ni un manual de historia, sino un testimonio” (p. 13). Lo es, hasta con ribetes de álbum familiar, por la cantidad de material fotográfico: y no lo es, porque un abundante corpus de notas y visiblemente colaboraciones ajenas diluyen esa sencillez de una “simple” remembranza.

La publicación coincidió con el año del cincuentenario de los hechos del cuarenta que desembocaron en la “guerra” del 48 y no por ser escrito con este tono y por una mujer sin cargo aparente, resulta menos comprometido: su subtítulo “devolver al pueblo su fuerza” es elocuente.

El trabajo va dentro de una línea que se ha ido configurando últimamente. Recuérdese “Casado con una leyenda”, de la Sra. Boggs, la primera esposa de Pepe Figueres. Siguió el libro de Miguel Acuña (“La neurosis de una Administración”), donde la perspectiva es nada menos la de Yvonne Clays, Primera Dama en tiempos del Dr. Calderón (ella, sin ser nombrada, se perfila en el libro de la viuda de Mora, por ejemplo, p. 126, ...). Ahora le toca a ella. Relata en primera persona, casada como estuvo con otra leyenda, la del fundador y dirigente histórico del Partido Comunista en Costa Rica.

Más allá de asuntos, a veces, de menor importancia (para los que entienden la Política o la Historia sólo con mayúscula), ciertas frases, referencias y contextos llaman la atención por reflejar un alma sensible. Incitan a pensar, como cuando de repente la autora se justifica: “nombro tales cosas porque ya no existen. Las derrotó la civiliza-

ción” (p. 194) o cuando constata que “la calle desapareció, con la radio y la televisión como intermediarios ineludibles”. Ella confiesa su timidez y tengo para mí que le está pasando lo que relata de Carlos Luis Fallas, que tuvieron que empujar a escribir. Pero a su vez promete otro volumen.

Lo artístico-narrativo no le resulta indiferente, como lo prueba por ejemplo en el penúltimo capítulo, al evocar conversaciones en el hospital, ya con su marido muy enfermo. El libro contiene también múltiples alusiones a Carmen Lyra, escritora y compañera en lides ideológicas. En varios momentos se percibe además una mirada nostálgica hacia mentes tan generosas como Don Joaco, el gran desamparadoño, evocado en varios momentos e ilustrado en fotos.

Pero detrás de un hombre que no se puede obviar en el desarrollo histórico local entre los años treinta y ochenta, hay una esposa atenta, ... y una secretaria diligente. Es así como se ilumina con una nueva luz ciertos episodios cruciales como el de Ochomogo; también así se enfoca con nueva luz a personajes esenciales de la época, como Calderón Guardia y Monseñor Sanabria. Sin embargo, un capítulo lleva como título “Yo misma”, quizá el más importante. Vuelve la modestia, cuando desde la introducción confiesa sus limitaciones y repite a menudo un “no me acuerdo” que no surge de alguna estrategia sino de llana sinceridad. Estoy seguro que esta actitud le puede molestar a más de un lector; a mí en cambio simplemente me parece inherente al enfoque adoptado. Por eso es que el libro tiene difícil lectura, en cierto sentido, por manejar diferentes registros temporales y tonos, cosa un tanto visualizada por la tipología de letras (negrita, cursiva, ...). Felizmente la autora irrespetea un eje cronológico que parecía anunciar en 17 capítulos, para refugiarse a cada rato en evocaciones. A través de

diálogos reconstruidos y un tanto armados para la viveza del relato, por dicha tampoco surge una hagiografía, ni del persona-personaje de su marido, ni menos de su partido: "he considerado necesario no excluir lo feo de lo bonito" (p. 18). Al contrario, está presente la autocrítica, con sus reproches a cierto fundamentalismo y a los conflictos internos que, en 1984, hicieron reventar el partido por dentro. Leer aquello después del colapso soviético es revelador.

En definitiva, al lado de los libros de Soto Harrison, Aguilar y tantos otros, este volumen

aporta matices, para "comprender el tejido", como reza el capítulo 17. Ahora bien, el "no lo olvides" vale no sólo para la generación de los nacidos antes del 48. Con justa razón subrayaba Rodolfo Cerdas en una crónica periodística, en los días de publicación del libro, que estamos frente a un fin de ciclo y que, con base en este pasado, cabe preguntarnos si tenemos un proyecto histórico para la Costa Rica de hoy.

Victor Valembos